



FOTOS: SANTI COGOLLUDO

TOQUE DE QUEDA

También hay fosas comunes para los libros represaliados



ÁLVARO COLOMER

Lo malo de invitar a un anarquista a la presentación de un libro es que puede dejarte plantado. Eso ocurrió el jueves pasado, cuando Antonio Baños no acudió a su cita en la Biblioteca Agustí Centelles y Luis Solano tuvo que hacer de moderador entre los dos ponentes, Jordi Amat y Juan José López Burniol, que habían ido a hablar de *Viaje a la aldea del crimen* (Libros del Asteroide).

El acto empezó veinte minutos tarde porque alguien albergaba la esperanza de que el ex diputado de la CUP apareciera de golpe y, cuando se hizo patente que eso no iba a ocurrir, los conferenciantes arrancaron el debate dejando una silla vacía para que se notara la ausencia. Con todo, el espíritu anarquista ya se había instalado en la sala y, en mitad de la charla, el teléfono de López Burniol vibró en su bolsillo y el analista político no tuvo reparos en descol-

garlo y, con el micrófono puesto, murmurar que no podía hablar porque se encontraba en medio de una presentación. Después lo apagó y, oye, aquí no ha pasado nada.

Por suerte, la crónica que Ramón J. Sender escribió sobre «la masacre de Casas Viejas» (1933) daba lo suficiente de sí como para no echar en falta a nadie y el público escuchó estremecido el relato de lo que López Burniol consideró «un anticipo de la Guerra Civil» y Amat «el primer fracaso de la II República». Lo sucedido en aquel pueblo se resume así: los anarquistas habían planeado alzarse en toda España, pero a la hora de la verdad sólo lo hicieron los gaditanos porque allí el hambre era realmente feroz y porque también lo era el coraje. Pocos días antes, el Consejo de Ministros, con Manuel Azaña a la cabeza, había decidido

castigar de un modo ejemplar a los anarquistas que se empeñasen en seguir quemando edificios, y entonces va y estalla la revuelta en Casas Viejas. La guardia de asalto se personó en la localidad, los insurgentes fueron acibillados y la familia del militante Francisco Cruz

«Hay que reconocer que anarquistas y comunistas las han pasado putas en los países que cargan a la derecha»

Gutiérrez, alias *Seisdedos*, murió quemada en el interior de una choza.

Sender escribió una crónica en la que acusa a Azaña de ser el máximo responsable de aquella carnicería y hoy sus palabras llegan a

nosotros convertidas en un libro que arranca lágrimas y despierta corajes. Y es que hay que reconocer que los comunistas y los anarquistas las han pasado putas en los países que cargan a la derecha.

Agustín Comotto contó su propia anécdota durante la charla mantenida en Alibri con Diego Moreno, editor de Nórdica, y Jaime Casas, traductor del ruso. El ilustrador argentino recordó la ocasión en que, siendo él todavía un niño, vio cómo su padre cavaba un foso en el jardín de casa, introducía un montón de libros y lo enterraba tal que si fuera una montaña de cadáveres clandestinos. Y, cuando tiempo después preguntó por aquel funeral tan extraño, su progenitor le respondió que el muerto no era otro que las *Obras Completas* de Lenin. Porque estaba en la Argentina de la década de los 70 y, en aquel lugar, mejor sepultar un libro que caer al mar desde un aeroplano.

@AlvaroColomer



1. Rosa y Guido Sender, la sobrina y el sobrino-nieto de Ramón J. Sender. 2. Juan José López Burniol, Luis Solano y Jordi Amat. 3. Óscar Carrero y Walter Llorach. 4. Anna Canyelles y Maria Sellarès. 5. Raquel Ahufinger y Diego Moreno. 6. Agustín Comotto y Jaime Creus.